

807.8.7

**ACADEMIA**  
**DE**  
**BUENAS LETRAS**  
**DE BARCELONA.**



**SESION PÚBLICA**

DEL DIA 2 DE JULIO DE 1842,  
en que se leyó la Memoria y se hizo la adjudicacion de premios con arreglo al programa publicado en 20 de febrero de 1841.



**BARCELONA:**  
**IMPRENTA DE A. BRUSI.**  
1842

21903 0501

Número 4.

# RUGERO DE FLOR.



CANTO ÉPICO  
POR D. TOMAS AGUILÓ.

A LA ACADEMIA  
DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA.



*Pars mihi de multis una canenda fuit.*

*Ovid. Trist. 2.*

Cuando oprime tal vez la abierta palma  
el peso de mi frente decaída,  
consolante recuerdo busca el alma  
que me la ayude á erguir;  
Cual si el triste reflejo, que ilumina  
mi pasado cubierto de neblina,  
anunciara entre sombra mortecina  
la luz del porvenir.

Esta luz tan hermosa yo la finjo  
cual ávidos mis ojos la apetecen,  
y con vana ilusion tal vez infrinjo  
las leyes del azar.

Mas no así las naciones, cuya vida  
como la del mortal no está medida,  
la su frente que hoy miran abatida  
mañana han de elevar.

El hombre es flor de un día, flor de Alóe,  
que marchita en su rama el cierzo arranca,  
que al suelo cae, y que el insecto roe  
destruyendo su ser.

Mas el árbol frondoso, á quien desnuda  
del fiero vendaval la saña cruda,  
si blanda primavera le saluda,  
se ve refloracer.

El astro del humano se derrumba,  
de eclipses fatigado al fin se estingue;  
de los reinos el sol no tiene tumba,  
muere y se alza despues:

Y de su viva lumbre las memorias,  
que celosas conservan las historias,  
son ya fecundos gérmes de glorias  
que anuncian otra miés.

Ó noble España, ó Patria generosa,  
bello es tu porvenir, si su grandeza  
engarza una cadena misteriosa  
á tu antiguo esplendor.

Si ayudara mi voz al pensamiento  
que los siglos trasciende en un momento,  
si cupiera en mi pecho tanto aliento,  
yo fuera tu cantor.

Yo cantara el temblor del Capitolio  
que seguros sus triunfos no juzgaba,  
si de hinojos no via ante su solio  
tan ínclita nacion:

Ó cantara á la sombra de los sauces,  
cuando en el mar abriendo nuevos cauces  
un mundo nuevo atragantó en sus fauces,  
el hispano leon.

Ó cuando hender el piélago salobre  
los peces no podian, si grabadas  
no llevaban en láminas de cobre  
las armas de Aragon.

Cantara tu progenie, ó Cataluña,  
que en lejana region su lanza empuña,  
y vencedora torna, ó se le acuña  
en su pecho un blason.

Puede la muerte su alevoso dardo  
hincar tal vez de un héroe en el pecho,  
mas no arrancar el lauro que gallardo  
adornaba su sien.

Tal fue el destino del campeon valiente  
que, de la hueste catalana al frente,  
sobresaltó el imperio del oriente,  
del cual era sosten.

Oh! si es grueso el volúmen de la historia  
que de España contiene los blasones,  
al menos esa página de gloria  
séame dado leer.

Ya grave inspiracion mi mente apremia,  
escucha mi cantar, noble Academia,  
que si ora tu atencion mi celo premia  
¿qué mas he de querer?



# RUGERO DE FLOR.



1

DE un siglo la mitad no trascurriera  
Desque arrojado el príncipe latino  
Otra vez de los griegos la bandera  
Tremolaba en el muro bizantino:  
Mas cada sol que ardiente reverbera  
En el trono imperial de Constantino,  
De su facticia gloria el brillo frustra  
Y el oro de sus águilas deslustra.

2

Sentado en el Andrónico regía  
La suerte de un imperio vacilante:  
La diadema sus sienas oprimia  
Como si el casco fuera de un gigante:  
Su espada, cuyo puño guarnecía  
El ópalo, el berilo y el diamante,  
Flaco puntal de la corona griega,  
En vez de sostenerla se doblega.

3

Cual plaga asoladora de langostas,  
Los turcos la Natolia devastaban:  
Del Ponto Euxino á las risueñas costas  
Desde el famoso Janto dominaban:  
Del Bósforo en las márgenes angostas  
Las opuestas banderas se cruzaban;  
Y Andrónico temía en su palacio  
Salvara la irrupcion tan breve espacio.

4

Entonces fuera cierta su ruína,  
Que, seca la raíz de sus laureles,  
El astro de los griegos ya declina,  
Ya toca de su ocaso los dinteles.  
Presagio de victorias ilumina  
La blanca media-luna á los infieles,  
Y reflejan su brillo el Escamandro,  
El Gránico, el Pactolo y el Meandro.

5

Como estanque entre selvas de jazmines  
Se extiende la Propóntide serena,  
Que salpica de Europa los jardines  
Y del Asia menor la costa amena.  
Una isla había un tiempo en sus confines,  
Y de arrastradas conchas y de arena  
Un istmo se formó que, como un puente,  
La engarza de Natolia al continente.

6

Aquí de mar á mar una muralla  
Á lo largo corria de sus breñas,  
Y en la fragosa cumbre de esta valla  
Tremolaban del griego las enseñas:  
Los turcos, que intentaron asaltalla,  
No pudieron trepar sus rudas peñas,  
Y el obstinado gefe que los guia  
Su esperanza difiere al nuevo dia.

7

Entre tanto reposa muellemente,  
Cercado de sus nómadas cuadrillas,  
Al márgen de un arroyo transparente  
Que, lamiendo el festón de sus orillas,  
Solia humedecer con su corriente  
Del nenufar las flores amarillas  
Que el gracioso perfil de sus corolas  
Mostraban al espejo de las olas.

8

El sol iba á tocar del horizonte  
La vaporosa espalda con su disco,  
Y adornar parecía en su remonte  
Con penacho de luz verdoso risco;  
Desde el valle humilde al rudo monte  
Semeja el campamento un ancho aprisco  
Do el pastoril rumor de las esquilas  
De los guerreros se oye entre las filas.

9

Quien los ijares de un troton aprieta,  
Quien monta encaramado en un camello,  
Aquel dispara al aire su saeta,  
Su lanza aguza aquel para el degüello:  
De su tienda al umbral la madre inquieta  
Besa un niño colgado de su cuello,  
Y un guerrero que armado les acecha  
Despues entre sus brazos les estrecha.

10

Tal vez con sanguinoso hierro avanzan  
Los jóvenes al son de los tambores,  
Mientras al mismo son las niñas danzan  
Ó cogen por el prado gayas flores.  
Oh! la Guerra y la Paz, que á verse alcanzan,  
Sus goces enlazando y sus horrores,  
Juntas allí, se abrazan tiernamente  
Como hermanas de rostro diferente.

11

«¿Qué nube de liviano polvo es esa  
Que levanta el bridon de un extranjero,  
Cual fugitivo onagro que atraviesa  
Arenoso ramblar con pié ligero?»  
El gefe preguntó; y apenas cesa  
Cuando saltando de espumoso overo,  
Que sacude sus clines y jadea,  
Un bizarro mancebo allí se apea.



«Glorioso emir, esclama, si la sombra  
De tu verde castan piadosa alcanza  
Á quien tu esclavo fiel desde hoy se nombra:  
Aunque ayer contra tí blandió su lanza,  
Pon mi cuello á tus plantas por alfombra;  
Mas primero al festin de la venganza  
Guíeme tu pendon, flótando al viento  
Que arroja de cien tribus el aliento.

»El imbécil Andrónico, monarca  
Que en su tapiz de seda hollando abrojos  
Del imperio los límites abarca  
Con solo en derredor volver los ojos,  
Al saber que del Asia la comarca  
Ofrecia al alfange sus despojos,  
Mandó á su hijo Miguel que inmensa hueste  
De allegadizas tropas luego apreste.

»Y vino aquí Miguel de mustia gualda  
Teñida la color de su mejilla,  
Solo para grabar en la esmeralda  
De estas frondosas playas su mancilla:  
Vino para mostrarte que en su espalda  
El manto de escarlata se apolilla,  
Vino para que el eco de su afrenta  
Solemnizase tu victoria incruenta.

»Crispaba herido de mortal espasmo  
El desdichado Andrónico sus manos  
Al ver que merecian por sarcasmo  
Sus guerreros el nombre de romanos:  
Rebaño femenil sin entusiasmo  
Eran sus enervados cortesanos,  
Y los héroes antiguos de Bizancio  
Gladiadores rendidos del cansancio.

»Entonces en sus muros encerrado,  
Como su estoque en guarnecido forro,  
Doliente grito arroja despechado  
Implorando de estraños el socorro:  
Del rugiente Danubio al otro lado  
Saltó su endeble voz, y luego corro  
Á clavar con el hierro de mi lanza  
En su ruinoso trono la esperanza.

» ¿Y por qué lo hice yo? ¿por qué vendía  
Mi libertad, mi sangre y mis hazañas?  
¿Por qué á la lid mis armas conducía  
Á regar el laurel de las estrañas?  
El hambre del botin no removía  
Su acerado aguijon en mis entrañas;  
Oh! fué el amor; solo un amor ardiente  
Pudiera doblegar mi altiva frente.

»Diez y seis mil alanos, que sobaban  
Para ceñir como trezada cuerda  
El Blaquernol palacio, no bastaban  
Á que su augusto dueño el miedo pierda;  
Fantásticas visiones le acosaban  
En su crujiente lecho, al fin acuerda  
Repetir su clamor cual los mendigos  
Y buscar á su afrenta mas testigos.

» Sus ojos endereza al Occidente,  
Á una antigua region que el Ebro baña,  
Celebrado país de cuya gente  
Cada accion en la guerra es una hazaña:  
Por mi mal en Sicilia residente  
Un ejército vió de hijos de España  
Que, hecha la paz, dormía en ruda alfombra  
De sus recientes palmas á la sombra.

» Y sin que á despertarle un punto dude  
Llamóle, y el ejército al momento,  
Cual si oyera un clarín, veloz sacude  
Los brazos que plegara soñoliento.  
Cual bandada de pájaros que acude  
Á do gime el señuelo fraudulento,  
Así vimos volando sus galeras  
De Bizancio acercarse á las riberas.

» Saltó la hueste con soberbio alarde,  
Y al frente de ella su adalid Rugero,  
Ufano al ver que el pueblo mas cobarde  
Su salvador le aclama vocinglero:  
El monarca le abraza, y sin que guarde  
La cohorte imperial su noble fuero,  
Abrazan los magnates servilmente  
Á un bárbaro soldado de Occidente.

» Yo su ejemplo imité: antes mis brazos  
Convertido se hubieran en ceniza!  
Le daba como á hermano mil abrazos  
Y dárselos debia en cruda liza.  
La púrpura imperial rasga á pedazos  
La codiciosa turba advenediza,  
Rayendo de sus franjas el tesoro  
Para apagar su ardiente sed con oro.

» No satisfechos aun con doble paga  
Los que vinieron pobres mercenarios,  
Al soplo del favor que les halaga,  
Hasta el trono se elevan temerarios.  
El vino de Fortuna les embriaga:  
Ellos son ya de Grecia dignatarios:  
Su Rugero que ayer mandara un buque  
Hoy empuña el baston de Megaduque.

» Y aun arde su ambicion, y no arde en vano:  
Hijo de un cazador, su cuna olvida  
Y osá aspirar ¡ó cielos! á la mano  
De una dama en la púrpura nacida.  
Sobrino del augusto soberano  
Era María, aliento de mi vida,  
¡María! el galardón de mi bravura,  
El astro de mi amor y mi ventura.

» Efímera ilusion fué mi esperanza:  
Entrególe su mano la doncella,  
Y la nube de incienso que se lanza  
Del maldecido altar cegó mi estrella.  
Oh! yo debo triunfar en la venganza,  
Yo que vencido soy en la querella;  
Yo he de ver abrevado en sangre agena  
El áspid que mi sangre me envenena.

» Sobrellevar mi ultrage yo no pude,  
Y arrimando la espuela á mi caballo,  
He recurrido á tí para que mude  
Tu invencible poder su injusto fallo:  
Como terso broquel de plata escude  
La blanca media-luna á tu vasallo;  
Su luz vuelva á mi frente su decoro,  
Y temblará el raptor de mi tesoro.

» Y mancharé de sangre sus vestidos  
De boda, y sangre regará sus flores,  
Y de mi saña ardiente los rugidos  
Perturbarán sus cánticos de amores.  
Vencedor de los reyes, haz que, uncidos  
De tu fortuna al carro mis furores,  
Como leones domados nuevamente,  
Al trono te conduzcan del Oriente.

»De él se levantará palideciendo  
El débil sucesor de Constantino,  
Cual se levanta en pié el esclavo viendo  
A su señor que llega de camino:  
Y con lanzas un puente construyendo  
Pasarémos el Bósforo vecino,  
El mundo será tuyo, solo mia  
Sea la hermosa mano de María.»

Calló Demetrio, el hijo valeroso  
De Jorge capitán de los alanos,  
Y en amigable lazo el poderoso  
Caudillo turco tiéndele sus manos.  
Ya el velo de la noche tenebroso  
Daba á los gruesos árboles cercanos  
Movidos suavemente por las brisas,  
De un fantasma las formas indecisas;

Quando en soberbia tienda recogidos  
La hospitalaria copa que circula  
Adelgaza la voz de los gemidos,  
Que Demetrio en sus labios acumula.  
Por grados se adormecen los sentidos,  
Y al moribundo resplandor que ondula  
De cansadas hogueras, grato sueño  
Del vasto campamento se hace dueño.

Y al tiempo que el aljófár del rocío  
El sol engarza en sus doradas hebras,  
Y á girones rasgado el velo umbrío  
Cubre del monte las fragosas quiebras;  
Despierta de la guerra el monstruo impío,  
Y erizando sus clines de culebras,  
Ronco ahullido en su caverna lanza  
Que del Artacio hasta el Olimpo alcanza.

Y ese grito preñado de terrores,  
De un cántico infernal preludio horrible,  
No perturba los plácidos rumores  
De natura en su calma bonancible.  
¿ Por qué tan agraciadas son las flores,  
El céfiro tan manso y apacible,  
El cielo tan azul, el mar tan sesgo,  
Cuando al hombre amenaza tanto riesgo?

De la parte do yacen olvidadas  
De Cícico famosa las ruínas,  
Se acercan de las brisas empujadas  
Anchas nubes de polvo blanquecinas:  
Ya se oyen de caballos las pisadas,  
Y al campo sarraceno ya vecinas;  
El súbito pavor que en torno vuela  
Su inminente peligro le revela.

Levántanse confusos alaridos,  
Arrójanse clamores lastimeros,  
Dobléganse los arcos prevenidos,  
Empúñanse mortíferos aceros;  
Corriendo á los objetos mas queridos  
Danse ¡ay Dios! los abrazos postrimeros,  
Pero abrazos tan súbito deshechos  
Que á tocarse no llegan los dos pechos.

Mas la Muerte, deidad que los dinteles  
Hollar pudo jamas del cielo santo,  
Cubierto su esqueleto de oropeles,  
Se muestra á los guerreros sin espanto:  
Coronado su cráneo de laureles,  
De Gloria disfrazada con el manto,  
Con fingido esplendor y voz fingida  
Á unas bodas de sangre les convida.

Y acudiendo en tropel la hueste brava  
Sus hijos y mugeres abandona;  
Pasagera mirada en ellos clava  
Y en apiñados grupos se amontona:  
Encendíá la sangre como lava  
Circula por sus venas y se encona;  
Los ojos en sus órbitas chispean  
Cual las bruñidas armas que cimbrean.

Ya la nube de polvo oscura, inmensa,  
Cual vago pabellon las tiendas cubre,  
Y cierne entre sus pliegues que condensa  
Los rayos del naciente sol de octubre.  
La hueste preparada á su defensa  
Con estupor insólito descubre,  
Cual si ave fuese de siniestro agüero,  
La victoriosa enseña de Rugero.

Y el Lábaro tambien que reverbera  
De su antiguo prestigio la memoria,  
Y del rey de Sicilia la bandera  
Que al soplo se meció de la victoria,  
Y la que guia allí la delantera,  
Ceñida de una auréola de gloria,  
Temible enseña, que del triunfo en arras,  
Ostenta de Aragon las nobles barras.

Tremenda, aterradora es la embestida  
De nuestros almogávares feroces,  
Tremenda aquella voz allí no oída,  
Unísono concierto de mil voces.  
*Despierta hierro*, grita embravecida  
La falange invasora, y á los roces  
De seis mil dardos que la tierra aguza,  
Un sol de fuego en chispas desmenuza.

Y al torvo brillo de esas luminarias,  
Y al clamor de atabales y clarines,  
Se entremezclan las haces adversarias,  
Se confunden los bravos paladines.  
Así en un circo fieras sanguinarias  
Erizando la pompa de suselines,  
Se embisten, y se aferran, y se ensañan,  
Y en sangre y en sudor sus lomos bañan.

Dos monstruos de cien brazos aferrados  
Los rabiosos ejércitos parecen,  
Y miembros de sus cuerpos cercenados  
Los guerreros que caen y fallecen.  
Saltan del corazón desenfrenados  
Los rencores que el ánimo encrudecen,  
Y al columbrarse la sangrienta palma  
Sorda está la piedad, callosa el alma.

El aire atruenan míseros quejidos  
De los que al suelo vienen espirantes,  
Del crudo vencedor los alaridos,  
El choque de los hierros fulminantes,  
De flechas voladoras los silbidos,  
Los relinchos de potros arrogantes,  
De los arcos crujientes la porfía,  
Del turco la algarada y vocería.

Y sobre ese tumulto y ronco estruendo,  
Sobre esta confusión que al orbe aterra,  
Cual si los cielos con fragor cayendo  
Lanzaran sus escombros en la tierra,  
Levántase y descuella el grito horrendo  
De *Aragon, Aragon*, clamor de guerra  
Que al lozano español do quiera anima,  
Do quiera al musulmán infunde grima.



44

¡ Que no baste mi aliento por mancilla  
De tantos hechos á cantar la historia!  
¡ La fama á celebrar del que acaudilla  
Los hijos predilectos de la gloria!  
Álzate agora con la voz de Ercilla  
De tu panteon robado á la memoria,  
Verace historiador, que en tal jornada  
Enlazaste la pluma con la espada.

45

Álzate, y dinos lo que allí tú viste,  
Lo que hicieron los bravos catalanes,  
Arranca del silencio lo que hiciste,  
Lo que hicieron sus nobles capitanes:  
Dinos el crudo espanto que vertiste  
Cual ponzoña en los pechos musulmanes,  
El hielo que cundia por sus venas,  
La sangre que filtraba en las arenas.

46

Dinos cual tiembla atónito el Oriente  
Al ver los almogávares sañudos...  
Oh! blandiendo su azcona aquella gente  
De brazos denegridos y nervudos,  
Cubierta de acerada red la frente,  
Un zurrón en la espalda y sin escudos,  
Tan suelta vaga en la palestra fiera  
Como en bello jardín triscar pudiera.

47

Porcel que allá en Sicilia en un encuentro  
Grevá y pierna de un golpe cercenara  
Á un ginete francés, y su hoja dentro  
Del bridon medio palmo sepultara,  
De la batalla arrójase en el centro  
Y allí le sigue Pedro hijo de Clara,  
Veterano almogávar que amaestra  
Dos hijos que combaten á su diestra.

48

Y Berenguer tambien, marino osado  
Que por fornida lanza el remo deja,  
Y en tierra y mar á riesgos avézado  
Lanza y remo con brio igual maneja,  
Sobre un turco de punta en blanco armado,  
Que á un coloso de hierro se asemeja,  
El catalan impávido se arroja,  
Y de arnés y caballo le despoja.

49

Hermanos Pedro y Sancho sus broqueles  
Tan rojos muestran de sangrientas manchas,  
Que ni el alto blason de sus cuarteles,  
Ni el oro se trasluce de sus planchas.  
Su alfana con pretal de cascabeles,  
De ondosas clines y caderas anchas,  
Monta Guillen Siscar, y su denuedo  
Al bando sarraceno dobla el miedo.

50

Cubierto el hombro de una piel de fiera  
Prendida sobre el pecho con la uña,  
Berenguer de Roudor, que en la ribera  
Nació del Llobregat, su lanza empuña:  
Á su tordillo ensancha la carrera  
Guillermo Tous, doncel de Cataluña;  
Y de su espada arrojan mil centellas  
Fernan Gorí y Ferrario de Torrellas.

51

La escuadra infiel acosan como furias  
Que hostigan sin cesar á un condenado,  
Ramon Alquer de Castellon de Ampurias  
Y Martin de Logran de hierro armado:  
Aunque sienta del tiempo las injurias  
No se enflaquece el ánimo esforzado  
Del noble Perez de Caldés Guillermo  
Que sus canas oculta bajo el yelmo.

52

A cien turcos la vida, el brazo arranca  
De Corbaran de Alet con sangre mucha  
Nombrado senescal, la hueste franca  
Obediente sus órdenes escucha  
Con bizarra altivez su yegua blanca  
Aguija á lo mas recio de la lucha  
Fernando Ahones, jóven arrogante  
Que el baston recibiera de almirante

53

Jiménez de Arenós que en los combates  
Resplandeciente lleva el rico sayo  
Lastima con dorados acicates  
El sudoriento ijar de hermoso bayo  
Del marcial torbellino los embates  
Agitan su plúmage ondosó y gayo  
Estrella que entre círculos de gloria  
El camino designa á la victoria

54

Mas, ¿qué bruñido arnés allí se nota  
Que entre nubes de polvo centellea?  
¿Cuya es aquella cándida garzota  
Parecida á un cisne que aletea?  
¿Qué prodigiosa enseña es la que flota  
Allá en el corazon de la pelea,  
Espléndido giron que por encanto  
Cortara la Victoria de su manto?

55

Desplégala orgulloso un escudero  
Por vez primera al aura de Bitinia,  
Y á su sombra pelea el gran Rugero  
De caudillo cubierto con la insinia  
Mancharla acaso pueda el turco fiero  
De sangre sí, mas nunca de ignominia,  
Que mientras arbolada permanezca  
No será que la Luña resplandezca

56

Bajo de ella la saña se exaspera,  
Hierva el furor, aumentase el estrago,  
La lucha atroz, horrible, carnicera  
El campo trueca en sanguinoso lago.  
El bravo musulman se desespera  
Al recordar en trance tan aciago  
Del dulce hogar las dichas y placeres,  
Sus hijos y rebaños y mugeres.

57

No ya para impedir que trague Europa  
El Asia sometida á su dominio;  
Ni para ajar á la invasora tropa  
El lauro de su oprobio vaticinio;  
No ya por rehusar la amarga copa  
Que el ángel funeral del esterminio  
Á sus labios acerca en tal conflicto  
Porque en el cielo así quedaba escrito;

58

Mas solo por temor de que peligre  
Su familia cautiva y sin socorro  
Lucha allí con la rabia de la tigre  
Que arrebatado mira su cachorro.  
¿Qué importa que su fama se denigre?  
¿Qué importa de su ardiente sangre el chorro,  
Si de las manos del cristiano horrendas  
Salvar consigue al fin tan caras prendas?

59

Mas ay! que sus esfuerzos sin provecho  
No pesan del destino en la balanza;  
Es en valde el aliento de su pecho,  
Es en valde el acero de su lanza.  
¿Dó está el emir? ¿dó oculta su despecho  
El que ayer blasonaba en su pujanza  
De escribir el Coran con mano impía  
En los jaspes del templo de Sofía?

Los turcos que de alfanges aguzados  
Hicieron cuando niños sus juguetes,  
Que con leche de hiena amamantados,  
Vistieron tras las fajas coseletes,  
Que al resplandor de pueblos incendiados,  
Preparaban sus danzas y banquetes,  
Los hijos de la guerra aflojan,  
Y algunos á sus pies la vida fian.

Y su enseña caída, y arrastrada,  
Y sucia toda de sangriento cieno,  
La mortaja parece destinada  
Á envolver el honor del agareno.  
Á su fortuna empero desastrada,  
Resiste de furor y rabia lleno,  
Un solo campeón: su lanza sola  
Á la muerte cien víctimas inmolá.

Sin direccion corriendo en un overo  
De su valor hacia horrible ensayo,  
Cuando advierte el penacho de Rugero  
Y hácia él se precipita como un rayo.  
La gruesa lanza que columpia fiero  
Le arroja ciego en ira, de soslayo  
La coraza le hiere, y al instante  
Cien matadoras puntas ve delante.

Mas torciendo su bayo corpulento  
Detiénelas Rugero y se endereza  
Al osado agresor que en su ardimiento  
Á la muerte retaba con fiereza.  
Rabioso al ver fallido el crudo intento  
Su hacha de armas con suma ligereza  
Arranca del arzon el jóven fiero,  
Adversario el mas digno de Rugero.

El campo vencedor de asombro mudo  
Abre á los combatientes ancha plaza,  
Y admira á su caudillo que sesudo  
Del contrario los ímpetus rechaza:  
Retumban en las planchas del escudo  
Los poderosos golpes de su máza,  
Y largo espacio dura la contienda  
Sin que al diestro rival ninguno ofenda.

Corrido ya Rugero al ver que alarga  
La horrenda lid del jóven la braveza,  
Su férrea maza con furor descarga  
Y aplasta del overo la cabeza.  
Blasfema de fortuna tan amarga  
El ginete infeliz, y con presteza  
Los piés, sin desmayar, en tierra hinca  
Saltando del corcel que inquieto brinca.

Hidalgo corazon y sangre hidalga  
Del montado caudillo arde en el pecho,  
Y por mancilla tiene que le valga  
La ventaja que cede en su provecho:  
Con bravo continente descabalgá,  
Y arrojando su lanza largo trecho,  
Con solo su puñal y su denuedo  
Embiste al agresor que está á pié quedo.

Y juntos como sierpes enroscadas  
Que acribillan su piel á mordeduras,  
Retorcendo sus manos levantadas  
De sus corazas buscan las junturas:  
Vense piezas caer ensangrentadas,  
Óyense resonar las armaduras,  
Y al acertar la daga inerme hueco  
Un gemido fatal repite el eco.

Un cuerpo se desploma sin sentido,  
Su yelmo el vencedor le quita luego;  
Y «¡ Demetrio! » prorumpie sorprendido,  
«¿ Es esto una vision? ¿ estòy yo ciego?  
¿ Qué espíritu infernal te ha sugerido  
El quebrantar tu alianza con el griego?...  
El triste moribundo en su agonía  
Solo murmura el nombre de Maria.

Y lento lo repite y balbucea  
Cual para que en la tumba se le acuerde,  
Perder sintiendo mas tan dulce idea  
Qué la sangre y la vida que allí pierde.  
Ya livido color su rostro afea,  
Sus ojos vuelve en blanco, el labio muerte,  
Y pronto duerme ya cadáver yerto  
En lecho de cadáveres cubierto.

Tres mil los turcos son allí caidos,  
Para no alzarse mas, de sus bridones;  
Once mil los infantes estendidos  
De aquel sangriento campo en los terrones;  
Y todos en sus tiendas recogidos  
Poco ha soñaban dichas é ilusiones;  
Al sol vieron nacer en su horizonte,  
Y el sol no les alumbraba en su remonte.

Y al caer de la noche, las bandadas  
De cuervos les destrozan con sus picos,  
Y las bestias feroces á manadas  
Se pasean lamiendo sus hocicos:  
Y sus movibles tiendas ocupadas  
Por estraños de sangre y oro ricos  
Resuenan con el grito de victoria,  
Postrero y cruel tributo á su memoria.

72

Y al estruendo marcial de alegres vivas,  
Y al bullicio de báquicos cantares,  
Desoladas plantean y cautivas  
Esposas y doncellas á millares.  
Entre tanto las hordas fugitivas  
Batiendo á sus trotones los ijares  
De la matanza atroz por dicha escapan,  
Y detras del Olimpo se agazapan.

73

Y el cristiano con orden y gobierno  
En los llanos de Cícico se aloja  
Hasta que de su túnica de invierno  
Halagüeña natura se despoja:  
Y al romper su boton el árbol tierno  
Tambien de su guarida las arroja,  
Con sus brazos de hierro las estruja  
Y á las lindes del Asia las empuja.

74

Como el lobo voraz suelta la presa  
En que ya ensangrentó su corva garra,  
Y medroso las selvas atraviesa  
Al descubrir un leon de clin bizarra;  
Así al ver la falange aragonesa  
El musulman, que en su ancha cimitarra  
La Natolia clavara, la sacude,  
Y á las breñas del Tauro huyendo acude.

75

Allí un combate sigue á cien combates,  
Corona una victoria cien victorias,  
Y como tras de un muro oye el Eufrates  
Del catalan los pasos y las glorias.  
Oh Cataluña! de oro y de granates  
Tus barras, que ennoblecen mil memorias,  
Por tus hijos en triunfo levantadas,  
Viste del Ida al Tauro respetadas.



Veló de roja nube tu ósadia  
De la Luna el ya pálido semblante,  
Y un lucero en la atmósfera sombría  
Entronizó tu brazo fulminante.  
¿Por qué tan corto fué su hermoso día?  
¿Por qué desapareció la Cruz radiante,  
Y cesaron los cánticos celestes  
Que el valor ensalzaban de tus huestes?

Ay cielos! otra vez su débil rastro,  
Que apenas ya brillaba mortecino,  
Del Profeta impostor aviva el astro  
Y al Asia alumbra como adverso sino.  
Ya, de climas tan bellos cruel padrastró,  
El turbante fatal labra el destino  
Con que, mísera esclava de Mahoma,  
Su frente ha de ceñir la hija de Roma.

Envidioso Miguel, que sin combate  
La playa abandonara de Bitinia,  
Siente que la victoria humilde acate  
Del caudillo inmortal la blanca insinia:  
«¿Sufriré que su fama se dilate  
Para estender con ella mi ignominia?  
¿Sufriré, esclama, que esa luz odiosa  
Empañe mi diadema tan hermosa?

»¿Por qué, Fortuna, cubres su loriga  
De un resplandor fantástico de gloria,  
Si el manto de escarlata que me abriga  
Arrastraste villana por la escoria?  
¿A un extraño sonries como amiga  
Y mi nombre escarneces irrisoria?  
No: el lauro que negabas á la mía  
Mano alguna cogerlo no debía.»

Y mientras ese amargo pensamiento  
Gota á gota de hiel su pecho llena,  
La alfombra del marmóreo pavimento  
Con agitados pasos desordena.  
Para aguzar el dardo virulento  
Que sangra el corazon y le envenena,  
Un anciano guerrero allí le asiste,  
De talla colosal y aspecto triste.

« Jorge, » le dice el príncipe, y remueve  
El tósigo mortal de sus recelos,  
« ¿No ves cómo el soberbio halcon se atreve  
Á levantar sus plumas á los cielos?  
El águila imperial sufrir no debe  
En su region de luz ignobles zelos,  
Sin que el pájaro audaz el rayo sienta  
Que en sus garras inflama la tormenta.

» ¿Por qué vinieron esos estrangeros  
Á vendernos tan caras sus hazañas?  
¿Para vallar de hierro sus linderos  
Necesitaba Grecia armas estrañas?  
¿Faltábanle ya amigos verdaderos,  
Ó ya infecundas eran las entrañas  
De la escelsa Metrópoli que un dia  
*Madre del mundo* proclamarse oia?

» Maldita la hora fué que nos dormimos  
Á la sombra de frescos tulipanes,  
Y de nuestra custodia el cargo dimos  
Á esa turba feroz de catalanes.  
Si la gloria del triunfo les cedimos,  
Si con oro pagamos sus afanes,  
¿Por qué á mostrar no van á sus patricios  
De su inmenso botin los desperdicios?

» Si su heroico delirio tanto aprecia  
Del sangriento combate los laureles,  
¿Por qué á buscarlos vienen á la Grecia?  
¿Acaso brotan solo en sus vergeles?  
En su patria tambien la Cruz desprecia  
Muchedumbre de bárbaros infieles:  
En su patria tambien campos se encuentran  
Do alzado su pendon los moros entran.

» Vuélvanse allí: tiránica no oprima  
Su proteccion al trono del Oriente:  
¿Qué vale que de un yugo nos redima  
Si el suyo ha de cargarnos esa gente?  
¿No ven que su grosero pié lastima  
De Grecia el blando suelo floreciente?  
Vuélvanse ya, y apenas se retiren  
De nuestro fuego la invencion admiren.

» Mas ay! que esos famélicos guerreros  
No soltarán jamas la augusta presa.  
No: para devorarla placenteros  
Nuevos amigos llaman á su mesa.  
Entenza y Rocafort de aventureros  
Mas enjambres conducen á la empresa...  
¿Serán acaso, Jorge, sus desinios  
Del imperio partirse los dominios?

» ¿Desprender uno á uno los florones  
De la imperial diadema con vil traza,  
Ó rasgar nuestro manto en cien girones  
Á repetidos golpes de su maza,  
Para que envanecidos cien barones,  
Cuya espalda magulla la coraza,  
Se vistán los magníficos despojos  
Hiel haciendo llorar á nuestros ojos?

» ¡ Juzgan que osadas puedan sus falanges  
La púrpura arrancar de nuestros hombros  
Porque al mellar del turco los alfanges  
Su insensato valor nos daba asombros;  
Que se desplome un trono que hasta el Ganges  
Estendió su raiz; que en sus escombros  
Sentarse pueda en paz la hueste brava,  
Y que obedezca Grecia como esclava?

» Oh! no: la hora no esperen de Balduino:  
Aquella la hora fué de nuestro sueño:  
No aguarden que dos veces el destino  
Escupa en nuestra faz con torvo ceño.  
Para espiar las entrañas del latino  
Que el embrion nos ocultan de su empeño,  
Para observar su faz con ojo lento  
Una antorcha ha encendido el escarmiento.

» En valde la ambicion aleve y fiera  
Sus incansables alas bate á priesa,  
Del sol antes que rocen en la esfera  
Sus alas caerán hechas pavesa.  
Del trono hasta la grada postrimera  
Ascendido ha Rugero por sorpresa,  
Mas de su augusta silla al trono mismo  
Media el inmenso cráter de un abismo.

Empero ¡ ay de nosotros si le salta  
Para coger de un salto la diadema!  
¡ Si el paso da que á su camino falta  
Sin que el peligro atroz al darlo tema!  
No puede ya su silla ser mas alta  
Á no alzarla al nivel de la suprema:  
Rugero César ya... Oh! tanta mengua  
Oprime el corazón, traba la lengua.

»Baste de vilipendio. Antes que ofusque  
Del sol de Grecia el brillo refulgente,  
Antes que su destello nos chamusque  
El cometa apaguemos en su oriente.  
¿Qué loco espera á que morderle busque  
La víbora traidora, que imprudente  
Acariciaba un dia en su regazo,  
Para ahogarla allí con fuerte brazo?»

»Mañana ha de morir, que ya la cara  
Me desuella esa máscara de amigo,  
Y arrojara deseo en la algazara  
Del festin que le ofrezco por castigo.  
Tus alanos, ó Jorge, allí prepara,  
Y al apurar la copa mi enemigo  
Confecciona su vino de tal suerte  
Que ya de su embriaguez jamas despierte.»

«Mañana morirá,» replica altivo  
El fiero capitán de los alanos;  
«Mas no le brindarán veneno activo  
Si pueden un puñal asir mis manos.  
¿Qué me importa si un César adoptivo  
Eclipsa el esplendor de los romanos?  
Vengad vos el imperio como os cuadre,  
Que yo solo recuerdo que era padre.»

»Si él es traidor, traidora muerte luego  
Obstruya á sus designios el camino:  
Si él es traidor, vengaos como griego,  
Que yo tan solo sé que es asesino.  
Mi venganza entre sombras no despliego:  
Quiero que brille el hierro que fulmino,  
Y que aterre á mi víctima espirante  
La rabia y el placer de mi semblante.»

Aquella noche en la ciudad entraban  
Con sorda planta bárbaras legiones,  
Mientras que al nuevo César obsequiaban  
Con populares juegos é invenciones,  
Y suntuoso banquete preparaban  
Bajo los imperiales artesones;  
Que para celebrar el holocausto  
Quiso ostentar Miguel inmenso fausto.

Sobre el mármóreo suelo se levantan,  
En profusa y bizarra muchedumbre,  
Cien columnas de pórvido que aguantan  
Con chapiteles de oro la techumbre:  
Artificiosas aves que discantan  
Diestramente posadas en su cumbre  
Encrespan sus magníficos plumages  
Tejidos de amatistas y balages.

Pebeteros de plata en los espacios  
Del largo peristilo se intercalan,  
Y á flores de esmeraldas y topacios  
Su perfume aromático regalan;  
Joyeles que adornaran cien palacios  
En festones espléndidos resbalan,  
Sus cabos sosteniendo en los triglifos  
Con garras de metal dorados grifos.

En costosas vajillas de oro fino  
El regio aparador las viandas cubren;  
Y vestidas de seda en vez de lino  
Mesas de hermoso jaspe se descubren;  
Fragante y exquisito el griego vino  
Las cinceladas ánforas encubren:  
Y de esclavos y eunucos la caterva  
Para el puntual servicio se reserva.

100

Los hierros de las picas afilados,  
Soberbio el traje, inmóviles sus gestos,  
Vense al pie de los muros tapizados  
Los alanos mas briosos y dispuestos:  
Dudarse puede al verlos enclavados,  
Impasibles y mudos en sus puestos,  
Si hileras son de estatuas de guerrero  
Que vaciara en un molde el alfarero.

101

No preside en la mesa el gran monarca,  
Pero ejerce Miguel su ministerio;  
Y el fastuoso recinto luego abarca  
Los primeros magnates del imperio.  
Allí el Sebastocrator, el Etriarca,  
Allí el gran Logoteto, el Primicerio,  
El principal Doméstico, el Vestiario,  
El búlgaro Basila y el Drungario.

102

¿Por qué partido se ha en velero buque,  
Del César el amigo y compañero,  
Entenza, á quien nombraron megaduque  
Cuando César nombraron á Rugero?  
Antes que la perfidia atroz le eduque  
Ya del griego el semblante lisonjero  
En su ánimo despierta la sospecha,  
Y de su cargo al mar la insignia echa.

103

El héroe catalan en sus reales  
Escogidas legiones acuartela,  
Y el fiero Rocafort y sus parciales  
Recelosos del griego estan en vela,  
Mas pechos generosos y leales  
No llevan al extremo la cautela,  
Y así esperan que el César vuelva pronto  
Para cruzar de nuevo el Helesponto.

Pocos los suyos son que tiene en torno  
El vencedor del Asia en el banquete,  
Do relumbra fatal su rico adorno  
En vez de la coraza y el almete.  
Azul con flecos de oro en el contorno  
Es la toga, el calzado y el bonete,  
Y ese color, emblema de los zelos,  
Amotina de Grecia los recelos.

Rugero, sin temer que le rodee  
De pompa tan magnífica al abrigo  
Trenzada red de hierro, incanto lee  
En cada frente el nombre de un amigo.  
Abandonado al júbilo no cree  
Que el campo sea aquel del enemigo  
Donde resuena en cánticos de gloria  
De sus grandiosos hechos la memoria.

Y mientras de su triunfo la ambrosía  
Sus labiospa ladean sin sospecha,  
No advierte una mirada que le espia,  
Mirada de pantera cuando acecha.  
Mas de repente su actitud sombría  
Un anciano frenético desecha,  
Y de pié puesto en medio el regocijo:  
«Rugero, esclama, ¿dónde está mi hijo?»

Su bronca voz, su tono destemplado  
Retumba cual un trueno en los salones;  
Trueno horrible de rayos mil preñado  
Que vibra en los mas duros corazones.  
El brillo de un puñal desenvainado  
Refleja en los dorados artesones:  
«Sangre por sangre,» esclama el cruel guerrero;  
Y en el pecho lo envaina de Rugero.



« Oh! mi espada! mi espada! » el César grita:  
« Aquí mi alfange, » añade con fiereza  
Un alano que allí se precipita,  
Y le corta de un golpe la cabeza.  
Un bramido de horror y saña escita  
Del soldado la bárbara crudeza...  
Los pocos catalanes que le dieron  
Dar segundo quejido no pudieron:

Que entonces la vil hueste se abalanza  
Con parricidas armas, y comienza  
El estrago infernal de la matanza  
Que vuela hasta el real del bravo Entenza.  
Sofocada al rugido de venganza  
La voz de humanidad y de vergüenza,  
Se ostenta el griego, que cobarde lidia,  
Con todo el esplendor de su perfidia.

Entre arroyos de sangre que mancillan  
De la opípara mesa los manteles;  
Entre convulsos cuerpos que acribillan  
Por brutal diversion soldados crueles;  
Entre exánimes troncos que enladrillan  
Del fastuoso aposento los dinteles,  
Miguel de tanta hazaña satisfecho  
Saltar su corazón siente en el pecho.

Sin comprender el vago movimiento  
Que tal vez le presagia su castigo,  
Vuelto de su rencor al instrumento  
Esclama con afán: « ¿Qué has hecho, amigo? »  
« He cumplido, señor, mi juramento,  
He quitado al imperio un enemigo,  
He vuelto roja ya la vestidura  
Del que aspiraba al trono en su locura. »

Y mientras descuidada banquetea  
La fementida Corte sin templanza,  
La sangre que inocente allí chorrea  
Pesa la fiel Justicia en su balanza;  
Y pesando tambien la horrible tea,  
Espantoso blason de la Venganza,  
Sin que voz de piedad su pecho venza  
La entrega á Rocafort y al bravo Entenza.



# ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
4. . . .	9. . . .	despues de <i>Rugero de Flor</i> falta (sigue de número 4º)	
38. . . .	3. . . .	tan . . . . .	tant
38. . . .	35. . . .	tan . . . . .	tant
40. . . .	16. . . .	tan . . . . .	tant
41. . . .	17. . . .	tans . . . . .	tants
45. . . .	50. . . .	sonrient . . . . .	souřient
56. . . .	30. . . .	ades . . . . .	adés
57. . . .	32. . . .	senyor . . . . .	Senyor
85. . . .	5. . . .	Mecina . . . . .	Mesina
id. . . .	14. . . .	mecinense . . . . .	mesinense
91. . . .	12. . . .	enviaba . . . . .	enviaba
106. . . .	1. . . .	Alóe . . . . .	alóe
111. . . .	6. . . .	valle humilde . . . . .	humilde valle
123. . . .	14. . . .	lauro de su . . . . .	lauro, de su
126. . . .	30. . . .	les . . . . .	los
127. . . .	15. . . .	ivierno . . . . .	invierno
131. . . .	29. . . .	Empero . . . . .	»Empero
135. . . .	21. . . .	labiospa ladean . . . . .	labios paladean